



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

Cuatro modelos

Martes 14 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

La gente sigue a quien enseña como Jesús, a quien lleva consigo la novedad de la Palabra de Dios, su amor. Y no a quien —sea laico, cristiano, sacerdote u obispo— es un corrupto y tiene el corazón corrompido. El Papa Francisco volvió a hablar del testimonio de fe que deben dar quienes, sobre todo en razón de su misión, están llamados a transmitirla al pueblo de Dios. Durante la homilía de la misa del martes 14 de enero repitió que no existe otra vía más que la que enseñó Cristo.

A esta enseñanza hacen referencia las dos lecturas propuestas por la liturgia, tomadas del primer libro de Samuel (1, 9-20) y del Evangelio de Marcos (1, 21b-28). En ellos, indicó el Pontífice, se describen «cuatro modelos de creyentes predicadores: Jesús, los escribas, el sacerdote Elí, y detrás de él —no está explícito, pero están— los dos hijos de Elí, sacerdotes».

Los escribas enseñaban y predicaban poniendo sobre los hombros de la gente cargas pesadas. «Y la pobre gente —dijo el Papa— no podía seguir adelante». El reproche que les hace Jesús es que no mueven ni un dedo para ayudar a estas personas. Y dirá luego a la gente: «Haced lo que dicen, pero no lo que hacen». Gente incoherente, explicó el Pontífice hablando de los escribas y fariseos, que se comportaban «como si apaleasen a las personas». Y Jesús les advertía

«diciéndoles: si os comportáis así, vosotros cerráis las puertas de los cielos; no dejáis entrar a ninguno y tampoco vosotros entráis».

Es así que aún hoy, subrayó el Papa, se usa este modo equivocado de predicar, de enseñar, de dar testimonio de la propia fe. «Y son muchos —lamentó— los que piensan que la fe es así».

Luego, el Obispo de Roma se centró en el modo de obrar de Elí, «un anciano... pobrecito» que —confesó— «a mí me da cierta ternura», pero que, sin embargo, «no era de verdad un buen hombre: era un pobre sacerdote, débil, tibio y dejaba hacer, no tenía fuerza. Dejaba hacer muchas cosas malas a sus hijos». El Santo Padre contó el episodio de Elí cuando confundió con una borracha a una pobre mujer que rezaba en silencio, moviendo apenas los labios para pedir al Señor la gracia de un hijo. Ella «rezaba como reza la gente humilde, sencillamente, desde el corazón, con angustia, y movía los labios. Muchas mujeres buenas rezan así en nuestras iglesias y en nuestros santuarios. Y ésta rezaba así, pedía un milagro. Y el anciano Elí, pobrecito, no tenía nada que hacer. La miraba y pensaba: ésta es una borracha. Y la despreció. Él era el representante de la fe», quien hubiese tenido que enseñar la fe, pero «su corazón no percibía bien y despreció a esta señora. Le dijo: vete, vete borracha».

«Cuántas veces el pueblo de Dios —constató el Santo Padre— no se siente querido por quienes deben dar testimonio, por los cristianos, los laicos cristianos, los sacerdotes, los obispos». Volviendo entonces a Elí, el Papa Francisco explicó por qué siente por él cierta simpatía: «Porque en el corazón tenía aún la unción. Cuando la mujer le explicó su situación, Elí le dijo: vete en paz y que el Dios de Israel te conceda el favor que le has pedido. Aflora la unción sacerdotal. Pobre hombre, la tenía escondida dentro de su pereza. Era un tibio. Y luego termina mal, pobrecito».

En el pasaje de la Escritura, observó el Pontífice, sus hijos no se ven, pero eran quienes gestionaban el templo. «Eran bandidos. Eran sacerdotes —dijo— pero bandidos. Iban detrás del poder y del dinero; explotaban a la gente, se aprovechaban de las limosnas y de las ofrendas. Dice la Biblia que tomaban los mejores trozos de los sacrificios para comer ellos. Explotaban. El Señor sanciona con fuerza a éstos dos».

Para el Papa ellos representan «la figura del cristiano corrupto, del laico corrupto, del sacerdote corrupto, del obispo corrupto. Aprovechan la situación, el privilegio de la fe, el ser cristianos. Y su corazón termina corrompido. Pensemos en Judas: comenzó, quizá, la primera vez por celos, por envidia, a meter la mano en la bolsa», y así «su corazón comenzó a corromperse. Juan —el apóstol bueno a quien ama todo el mundo, que predica el amor— dice de Judas: era un ladrón. Punto. Está claro: era corrupto. Y de un corazón corrupto surge también la traición. Traiciona a Jesús».

Y, por último, el modo de predicar de Jesús. ¿Qué tiene de especial? ¿Por qué la gente dice: «enseña como uno que tiene autoridad; esta es una enseñanza nueva»? Jesús —afirmó el

Pontífice— enseñaba la ley, enseñaba a Moisés y a los profetas. ¿Dónde está lo nuevo? Tiene poder, el poder de la santidad, porque los espíritus impuros huyen. La novedad de Jesús es que lleva consigo la Palabra de Dios, el mensaje de Dios, es decir, el amor de Dios por cada uno de nosotros. Acerca a la gente a Dios. Y para hacerlo se acerca Él. Es cercano a los pecadores, va a comer con Mateo, un ladrón, traidor de la patria; perdona a la adúltera que la ley decía que debía ser castigada; habla de teología con la Samaritana que no era un “angelito”, tenía su historia». Por lo tanto, Jesús «busca el corazón de las personas, Jesús se acerca al corazón herido de las personas. A Jesús sólo le interesa la persona y Dios. Y busca acercar a Dios a las personas y a las personas a Dios».

Y aún más: «Jesús es como el buen samaritano que cura las heridas de la vida. Jesús es el intercesor que va a rezar por la gente solo a la montaña, y da la vida por la gente. Jesús quiere que la gente se acerque y la busca; y se conmueve cuando la ve como ovejas sin pastor. Toda esta actitud es la que la gente define como una actitud nueva. No, no es nueva la enseñanza, es el modo de hacerlo nuevo. La transparencia evangélica».

«Pidamos al Señor —concluyó el Papa Francisco— que estas dos lecturas nos ayuden en nuestra vida de cristianos», para que cada uno, en el papel que está llamado a desempeñar en la misión de la Iglesia, no sea simplemente legalista, puro pero hipócrita como los escribas y los fariseos. La invitación del Pontífice es a «no ser corruptos como los hijos de Elí; a no ser tibios como Elí; sino a ser como Jesús, con ese celo de buscar a la gente, curar a la gente, amar a la gente».